

teriosas como la vida en un ser viviente, y he aquí cómo la explicación física viene á chocar siempre con un obstáculo metafísico contra el cual se estrella, es decir, ante el cual deja de ser una explicación.

Rigurosamente hablando, las ciencias naturales no pueden suministrarnos más que lo que nos suministra la botánica, á saber: la agrupación y clasificación de los individuos de la misma especie.

Una Física que afirmase que su manera de explicar las cosas—los fenómenos particulares por causas, el fenómeno general por fuerzas—es suficiente y basta para agotar la naturaleza del mundo; sería el verdadero naturalismo.

Desde Leucippo, Demócrito y Epicuro, hasta el sistema de la naturaleza, pasando en seguida por Lamarck, Cabanis y para llegar hasta el materialismo recalentado de estos últimos años, podemos seguir los esfuerzos realizados continuamente para establecer una Física sin Metafísica; es decir, una teoría que eleve el fenómeno á la categoría de *cosa en sí*. Mas todas estas interpretaciones tratan de ocultar á los ojos de los intérpretes y á los del público, que dan por supuesto lo más esencial.

Se esfuerzan en demostrar que todos los fenómenos, incluso los de la inteligencia, son del orden físico, y en esto tienen razón, sólo que no comprenden que todo lo físico es, desde otro punto de vista, metafísico. Verdad es que á no ser por Kant sería esto difícil de concebir, puesto que supone la distinción entre el fenómeno y la cosa en sí. Con todo, Aristóteles, aunque inclinado al empirismo y muy alejado de lo hiperfísico de Platón, no cayó en esa estrechez de miras aun no conociendo la distinción establecida por Kant según se ve en su *Metafísica*, V, 1.º

Una Física absoluta como la aludida antes, transformaría la *Natura naturata* en *Natura naturans*; sería la Física ocupando el trono de la Metafísica; mas colocada en tan alto puesto, haría el papel que hace en la comedia de Holberg, el politicastro de café elevado á burgomaestre.

La acusación de ateísmo, aunque ridícula en sí y formulada las más veces con intención maligna, revela en su significación íntima una noción vaga de lo que es esa Física absoluta y sin Metafísica. Efectivamente, una tal doctrina sería subversiva contra toda moral, y si bien no es cierto que el teísmo sea inseparable de la moralidad, puede afirmarse esto de la profesión de una Metafísica en general; es decir, del conocimiento de que el orden natural no es el orden único y absoluto de las cosas. Se puede enunciar el credo obligado de todos los justos y de todos los buenos en estos términos: creo en una Metafísica. Bajo este aspecto, es importante y aun necesario convenirse de la imposibilidad de una Física absoluta, tanto más cuanto que ésta, ó sea el naturalismo propiamente dicho, es una opinión que aparentemente se impone por sí misma sin cesar al hombre, y sólo puede ser destruida por especulaciones más profundas. Para suplir las propias meditaciones se puede, en rigor, aceptar cualquier teoría filosófica ó cualquier doctrina religiosa mientras conserve su eficacia.

Hay motivo para preguntarse cómo una doctrina tan radicalmente falsa se impone por sí misma, siendo necesario descartarla artificialmente. Se explica esto considerando que el destino primero de la inteligencia no es ilustrarnos sobre la naturaleza de las cosas, sino solamente sobre sus relaciones con la voluntad. Es simplemente, como veremos en el segundo

libro, el *medium* de los motivos. Si, pues, el mundo se bosqueja en ella de una manera diferente por completo de aquella que representa el orden verdadero y absoluto de las cosas, porque la inteligencia no nos muestra lo íntimo del mundo, sino sólo su envoltura, es ésta una circunstancia accidental y que no debe ser imputada á la inteligencia, que encuentra en sí misma medios de rectificar el error, puesto que le es dable conocer la diferencia entre el fenómeno y la cosa en sí. En realidad, esta distinción ha existido siempre en los espíritus, aunque no se tenga de ella más que una conciencia muy imperfecta, expresada de un modo insuficiente y revestida á las veces de extrañas formas. Los místicos cristianos, por ejemplo, declaran que la inteligencia, llamada por ellos la antorcha de la naturaleza, es incapaz de aprehender la esencia verdadera de las cosas. Es, por decirlo así, una fuerza superficial, como la electricidad, que no penetra en lo interior de los seres.

Hasta en el orden empírico se manifiesta la insuficiencia del naturalismo puro, considerando que la explicación física explica cada hecho particular por su causa respectiva, y sabemos *a priori*, y, por consiguiente, con entera certeza, que la cadena de las causas se pierde en lo infinito, de suerte que ninguna causa puede ser la primera. Además, la actividad de cada causa se relaciona con una ley natural, y ésta con una fuerza natural ante la cual nos detenemos como ante algo absolutamente inexplicable. Mas este principio inexplicable al cual se refieren todos los fenómenos del mundo, tan clara y naturalmente explicables, desde los más elevados á los más humildes, prueba precisamente que esta manera de interpretar, lejos de ser verdadera y suficiente, es relativa, y por

decirlo así, *ex concessis*. Por eso decía antes que físicamente todo es explicable y nada es explicable. Este aspecto absolutamente inexplicable que hallamos en el fondo de todo fenómeno y que se manifiesta de una manera más saliente en los de orden superior, por ejemplo, en la generación, aunque exista también en los más vulgares, v. gr., en los fenómenos mecánicos, ese aspecto inexplicable, repito, indica que existe en el fondo del orden de cosas físico otro orden de naturaleza diferente, que es el que Kant llamó orden de las cosas en sí y el que constituye el objeto de la Metafísica.

La deficiencia del naturalismo puro se desprende también de aquella gran verdad filosófica que estudiamos en la primera mitad de este libro y que forma también el objeto de la crítica de la razón pura, á saber: que todo objeto, así en lo tocante á su existencia objetiva como en lo referente á la parte formal de esa existencia, está condicionado siempre por el sujeto que le conoce, y que, por tanto, es fenómeno y no cosa en sí. He estudiado este punto en el § 7.º del primer volumen, donde demuestro también que no hay nada tan absurdo como el tomar sin examen lo objetivo, cual hacer los materialistas por algo dado absolutamente, para deducir de ello todo lo demás, sin tomar en consideración lo subjetivo por virtud de lo cual, ó, mejor dicho, *en lo cual* se nos representa lo objetivo. Bien á mano tenemos ejemplos de ello, en el materialismo hoy de moda que ha llegado á ser una filosofía de aprendices de barbero y de practicantes de farmacia. Toman cándidamente á la materia como cosa en sí, sin en el menor escrúpulo, y la consideran dotada de una realidad absoluta, juzgando que el movimiento es la única propiedad de la cosa en sí y que

todas las demás cualidades son manifestaciones de ésta.

Con el sistema naturalista ó de la Física pura no se llegará nunca á ninguna parte: es comparable á un problema de aritmética cuya solución dejará siempre un residuo. Series de causas sin principio ni fin, fuerzas elementales insondables, el espacio infinito, el tiempo sin comienzo, la divisibilidad sin fin de la materia, todo ello condicionado, por añadidura, por un cerebro conocedor, en el cual es donde sólo existe todo eso (también existe en él el ensueño) y sin el cual todo desaparece, he ahí el laberinto á que nos lleva y donde nos hace dar vueltas aquel sistema.

Las ciencias naturales han alcanzado en nuestros días una elevación que eclipsa á la de los siglos anteriores; son un *superlativo* que la humanidad no había alcanzado hasta ahora. Mas por grandes progresos que la Física (entendida en el amplio sentido de los antiguos) pueda realizar jamás, no nos hará avanzar ni un paso hacia la Metafísica, de igual manera que una superficie, por mucho que crezca su extensión, nada gana en profundidad. Los progresos de este género no perfeccionan otro conocimiento que el del fenómeno, mientras que la Metafísica va más allá del fenómeno y tiende hacia lo que en él se manifiesta.

Aun cuando poseyéramos la suma de la experiencia con toda perfección, nada avanzaríamos en lo que ahora nos importa. Ni aunque pudiera un hombre visitar todos los planetas de todos los soles, progresaría por eso ni una línea hacia la Metafísica. Lejos de esto, los mayores progresos de la Física hacen más notoria la necesidad de una Metafísica. En efecto; cuanto más extenso, profundo y exacto sea el conocimiento de la naturaleza, más quebranta, y, finalmente, mejor

derriba las hipótesis de la Metafísica reinante, pero por otra parte plantea con mayor precisión y claridad y sentido de conjunto el problema metafísico, separándole de una manera evidente de todo elemento puramente físico.

El conocimiento mejor de lo particular reclama más enérgicamente la explicación de lo general y del conjunto, que á medida que son estudiados empíricamente más á fondo, con mayor método y mayor perfección, resultan más misteriosos. Ciertamente, el que explora una rama especial de las ciencias naturales no tiene el sentimiento inmediato de todo esto. Se contenta con descansar muellemente en la casa de Ulises en brazos de la sierva elegida, y abandona sus pretensiones de poseer á Penélope. (Véase el final del capítulo XII.) Así, vemos en nuestros días estudiar minuciosamente la corteza de la Naturaleza. Los intestinos de los gusanos intestinales, los microbios de los microbios, son conocidos hasta en sus más menudos pormenores. Mas si llega alguien (yo, por ejemplo) á hablar de la medula de la Naturaleza, no se le escucha; se cree que esto no es perteneciente á la cuestión, y se sigue escarbando en la corteza. Me inspiran risa estos naturalistas microscópicos y micrologos. Las personas que se imaginan que el crisol y la retorta son la única y verdadera fuente de la ciencia, son tan insensatas en su género como lo fueron sus antipodas los escolásticos. Así como éstos, sumergidos en sus abstracciones, hacían de ellas su ocupación única sin investigar ni conocer nada más allá, los otros, aferrados á su empirismo, sólo tienen por verdadero lo que pueden ver con los ojos, y creen llegar así hasta el fondo de las cosas. No comprenden que entre el fenómeno y lo que en él se manifiesta,

*la cosa en sí*, existe un profundo abismo, una radical diferencia de que no es posible darse cuenta si no se estudia y se determina con precisión el aspecto subjetivo del fenómeno, si no se comprende que los últimos y más importantes esclarecimientos sobre la naturaleza de las cosas no pueden sacarse sino de la conciencia de sí mismo, sin la cual no podríamos dar un paso más allá de lo que los sentidos nos dicen directamente, ni llegaríamos nunca más que al umbral del problema.

No olvidemos que el conocimiento más completo posible de la Naturaleza es la exposición fiel de ese problema. Hay que abstenerse, pues, de abordar la metafísica, si no se poseen nociones, aunque sólo sean generales, pero fundadas, claras y sistemáticas, sobre todas las ramas de las ciencias naturales, pues el problema ha de preceder á la solución. Pero muy luego la mirada del pensador habrá de tornarse á lo interior, pues los fenómenos intelectuales y morales son mucho más importantes que los físicos, tanto al menos como el magnetismo animal es fenómeno superior en importancia al magnetismo mineral. Los últimos y mayores secretos llévalos en sí mismo el hombre, y por ahí tiene acceso directo á ellos, y sólo por ahí puede aspirar á hallar la clave del enigma del mundo y á sorprender por uno de sus cabos la naturaleza de todas las cosas. El dominio propio de a metafísica es lo que se ha designado con el nombre de *filosofía del espíritu*. Así, se ha dicho:

«Harás desfilar ante mí las series de los vivientes y me enseñarás á conocer á mis hermanos que moran en los tranquilos bosquecillos, en el aire y en el agua.

.....  
En seguida me conducirás á la caverna misteriosa;

me mostrarás á mí mismo, y las secretas llagas de mi propio seno se descubrirán ante mis ojos.»

Cuanto á la fuente ó á la base de la metafísica, ya he contradicho antes la suposición, admitida por Kant, de que debe hallarse en nociones puras. Las nociones no pueden ser los primeros cimientos de ninguna ciencia, pues ellas han sido extraídas siempre de alguna intuición. Lo que ha dado origen á esta suposición ha sido probablemente el ejemplo de las matemáticas. Estas, como se ve principalmente en el álgebra, la trigonometría y el cálculo analítico, pueden perfectamente prescindir del aspecto intuitivo, operar por medio de puras abstracciones y hasta de nociones representadas, no por palabras, sino por meros signos; llegando, sin embargo, á un resultado no sólo cierto, pero tan remoto, que permaneciendo en el terreno firme de la intuición no se habría podido alcanzarle nunca.

La posibilidad de proceder de esta manera viene, como Kant lo ha demostrado suficientemente, de que las nociones, en matemáticas, son extraídas de las intuiciones más seguras y más precisas, es á saber, de las relaciones de cantidades que conocemos *a priori* pero intuitivamente, y de que dichas nociones podemos comprobarlas en cualquier momento con las intuiciones de que proceden aritméticamente, efectuando los cálculos indicados por menos signos, ó geométricamente construyendo las nociones, según la expresión de Kant.

De esta ventaja carecen las nociones por medio de las cuales se ha pensado poder edificar la metafísica, tales como *ser, existencia, perfección, necesidad, realidad, finito, infinito, absoluto, principio*, etc. Pues semejantes nociones no son ni innatas ni llovidas del

cielo; como todas las demás, son deducidas de intuiciones, y como abarcan más que las nociones matemáticas, las cuales no comprenden más que lo formal de la intuición, están basadas en percepciones empíricas, y no se puede, por consiguiente, sacar de ellas nada que no estuviera ya contenido en la percepción empírica, es decir, que no sea un objeto de la experiencia, de la cual se podría seguramente obtener mucho más de primera mano, puesto que dichas nociones no son más que vastas abstracciones. Las nociones no pueden dar nada más que lo que encierran las percepciones sensibles de donde emanan. No hay más nociones puras, que no tengan origen empírico, que las concernientes al espacio y al tiempo, ó sea á la parte formal de la percepción. Por tanto, únicamente son de esta clase la noción matemática, y, á lo sumo, la de causalidad, que no emana en verdad de la experiencia, pero que llega á la conciencia en virtud de la experiencia (en la percepción sensible primeramente). Por esto dijo Kant que el principio de causalidad no servía más que para eslabonar la experiencia, mas no para pasar por encima de ésta, y que sólo era susceptible de una aplicación física, no metafísica. Es cierto que un conocimiento no puede tener certeza apodíctica, si su fuente no es *a priori*, pero este mismo origen le reduce á no abarcar más que la parte formal de la experiencia, con lo cual se indica que ésta está condicionada por la cualidad subjetiva de la inteligencia.

Semejante conocimiento, lejos de podernos llevar más allá de la experiencia, no nos suministra más que una parte de ésta, la parte formal que le es inherente, es decir, la más general; por consiguiente, no nos suministra más que una forma pura, vacía de todo contenido.

Como la metafísica es la ciencia que menos puede limitarse á esto, debe tener también fuentes empíricas de conocimiento, de donde resulta que la hipótesis preconcebida de una metafísica que se pudiera crear puramente *a priori*, es necesariamente vana. Es una verdadera *petitio principii* que comete Kant y que expresa más claramente en el § 1.º de sus *Prolegómenos*, cuando sostiene que la metafísica no debe sacar sus nociones y principios fundamentales de la experiencia. En efecto; esto da por supuesto de antemano, que sólo lo que sabemos antes de toda experiencia, es lo que puede llevarnos más lejos de la experiencia posible. Basándose en esto, viene á demostrar luego que todo conocimiento tal *a priori* no es otra cosa que la forma de la inteligencia en orden á la experiencia, y no puede, por consiguiente, conducirnos más allá, de donde deduce, en fin, muy lógicamente la imposibilidad de la metafísica. Mas, ¿no parece absurdo que para descifrar la experiencia, es decir, el mundo, la única cosa que tenemos delante, haya que abandonar completamente la experiencia y olvidar su contenido, para conservar sólo como objeto de estudio, las formas vacías que no conocemos *a priori*? ¿No es más natural que la ciencia de la experiencia en general acuda á la misma experiencia? Su problema le está dado por la experiencia, ¿por qué la solución no ha de ayudarse también con la propia experiencia? ¿No es un contrasentido, cuando se quiere hablar de la naturaleza de las cosas, dejar de observar esas cosas mismas y atenerse á algunas nociones abstractas? Verdad es que la metafísica no tiene por objeto observar experiencias particulares, sino interpretar exactamente el conjunto de la experiencia. Pero es indispensable que su fundamento sea empíri-

co. La misma *aprioridad* de una parte del conocimiento humano es considerada por ella como un supuesto, de donde deduce el origen subjetivo de este conocimiento. En tanto que este va acompañado de la conciencia de su *aprioridad*, se denomina, según Kant, *trascendental*, para distinguirlo del conocimiento trascendente, ó sea el que «excede de toda posibilidad de experiencia» y cuyo contrario es lo *inmanente*, aquello que permanece en los límites de esa posibilidad. Me agrada recordar la significación primitiva de estos términos, introducidos por Kant, y que los filósofos emplean á tuertas y á derechas, de igual modo que la palabra *categoría*.

Además, la metafísica no tiene por única fuente de conocimiento la experiencia externa, sino también la interna, y á esta última debe acudir especialmente, pues en ella encuentra la posibilidad de dar el paso decisivo, único que puede resolver la gran cuestión. He demostrado á fondo y con toda clase de pormenores en *La Voluntad en la Naturaleza*, bajo el epígrafe *Astronomía física*, que ese paso consiste en relacionar en el punto conveniente la experiencia externa con la interna, y en servirse de ésta para interpretar aquélla.

Este origen empírico de la fuente del conocimiento metafísico, origen que no se puede negar lealmente, les quita en verdad, el carácter de certeza apodíctica que sólo corresponde al conocimiento *a priori*. Esta certeza es el privilegio de la lógica y de las matemáticas; pero estas ciencias no nos enseñan más que lo que cada uno sabe ya por sí mismo, sólo que lo sabemos de una manera vaga; únicamente los primeros y más elementales rudimentos de la Física pueden ser también deducidos del conocimiento *a priori*. Por esta

confesión tocante á su certeza, renuncia la metafísica á una antigua pretensión, fundada, como de la anterior resulta, sobre una mala inteligencia. De ello tenemos la prueba en la gran diversidad de los sistemas metafísicos, en sus numerosas variaciones y en el escepticismo que siempre le ha acompañado. Mas esta variabilidad no puede invocarse como un argumento contra la posibilidad de la metafísica, pues todas las ramas de la ciencia naturales, la Química, la Física, la Zoología, la Geología, etc., están igualmente sujetas á tales variaciones, sin que tampoco se exima de ellas la misma historia.

Pero cuando alguna vez, dentro de los límites accesibles á la inteligencia humana, se llegue á hallar un sistema verdadero de metafísica, le corresponderá de derecho la firmeza de una ciencia *a priori*, pues tendrá por fundamento la totalidad de la experiencia y no las diversas experiencias particulares que vienen á modificar á cada paso las ciencias naturales y á suministrar á la historia nuevos elementos. Pues la experiencia, tomada en su conjunto y generalidad, no cambia nunca de carácter.

La cuestión que ahora se plantea es esta: ¿Cómo una ciencia inspirada en la experiencia puede conducirnos más allá de la experiencia y merecer así el nombre de metafísica? No puede conseguirlo á la manera que tres términos de una proporción nos dan el cuarto, ó que dos lados y un ángulo nos dan el triángulo. Este procedimiento era el de la dogmática, antes de Kant, la cual, por virtud de ciertas leyes conocidas *a priori*, pretendía pasar de lo dado á lo que no está dado, de la consecuencia al principio, de la experiencia á lo que ninguna experiencia puede ofrecer. Kant demostró la imposibilidad de construir por este

método la metafísica, haciendo ver que esas leyes, aunque no se deriven de la experiencia, sólo tienen valor para la experiencia. Dijo entonces con razón, que no podemos pasar de esa manera por encima de la posibilidad de la experiencia. Pero hay otros caminos para llegar á la metafísica. El conjunto de la experiencia es como una escritura secreta y la filosofía es su clave, cuya exactitud resulta de una concordancia constante. Si este conjunto se comprende á fondo, y si á la experiencia interior se une la experiencia externa, el enigma se descifra y se interpreta por sí mismo.

Desde que Kant demostró irrefutablemente que la experiencia se compone de dos elementos, á saber, de formas de conocimiento y de la sustancia en sí de las cosas, y que en la experiencia misma de estos dos elementos se limitan recíprocamente, el uno como conocido *a priori*, el otro como agregado *a posteriori*, se puede, al menos de un modo general, indicar lo que en cada experiencia (que desde luego no es más que fenómeno) pertenece á la forma del fenómeno, y se encuentra condicionado por la inteligencia y lo que después de la eliminación conveniente queda como cosa en sí. Y aunque nadie, penetrando el velo de la percepción, puede descubrir la cosa en sí, cada uno la lleva en sí mismo, y cada cual es esta cosa; así, es forzoso que pueda asirla en el fondo de su propia conciencia, por algún medio, aunque sea de un modo condicionado todavía. Por consiguiente, la transición mediante la cual la metafísica pasa más allá de la experiencia, no es otra que la descomposición de esa experiencia en fenómeno y cosa en sí; descomposición que es, á mi entender, el mayor de todos los méritos de Kant, pues demuestra la existencia de un núcleo que difiere del fenómeno.

Cierto es que no se le puede desprender de éste enteramente, ni se le puede examinar por separado como un *ens extramundanum*, y que no podemos conocerle más que en sus relaciones con el fenómeno.

Para el estudio y la interpretación de éste, considerado desde el punto de vista de su sustancia íntima, puede suministrarnos acerca de aquél núcleo, atisbos que no podríamos, adquirir de otro modo. En este sentido es como la Metafísica pasa más allá del fenómeno, es decir, de la naturaleza, y avanza hacia lo que se oculta en ella ó tras ella (*το μετα το φυσικον*); pero mirándolo siempre como lo que se manifiesta en el fenómeno y no independientemente de él. Este es el sentido en el cual, y teniendo presentes siempre los límites señalados por Kant al conocimiento humano, he procurado resolver el problema de la Metafísica; por eso he aceptado sus Prolegómenos á toda Metafísica, como valederos igualmente para la mía. Por consiguiente, mi sistema no pasa jamás más allá de la experiencia; se contenta con desenvolver la comprensión verdadera del mundo experimental existente. Mi metafísica no es ni una ciencia de puras abstracciones, según la definición aceptada por Kant, ni un sistema de conclusiones deducidas de principios *a priori*, sistema cuya impotencia en materia de metafísica ha probado aquel mismo filósofo. Es un saber inspirado en el examen del mundo exterior y real y en las luces que nos suministra á este respecto el hecho íntimo de la conciencia de sí; saber depositado en nociones claras. Es, pues, una ciencia experimental cuyo objeto y fuentes no son las experiencias particulares, sino la totalidad y generalidad de toda experiencia. Dejo subsistente por completo la doctrina de Kant de que el mundo experimental es puro fenómeno y de que los